

EL AUTOR



Bernardo Viera Trejo, a rondar los treinta años, ha vivido una de las más intensas y polémicas vidas periodísticas de Cuba.

Comenzando como caricaturista político cuando apenas contaba trece años de edad, Viera Trejo ha sido redactor, emplanador, corresponsal-viajero en Europa, jefe de redacción, subdirector y, recientemente, director de la edición dominicana de la Revista "Bohemia", empresa para la que ha trabajado desde hace diez años.

En 1957, siendo corresponsal-viajero en el Viejo Mundo, Bernardo Viera visitó la Unión Soviética, China y otros países detrás del Telón de Hierro. La respuesta del Partido Comunista Cubano a los artículos del joven reportero fue un libro de 200 páginas donde lo llenaban de improperios: así debió darles de duro el periodista.

Ahora, desdoblado en puro escritor, Bernardo Viera Trejo presenta en su primer libro una serie de logrados relatos sobre el proceso que ha tocado vivir a los cubanos en sus últimas etapas revolucionarias. En "Militantes del Odio" queda, definitivamente clavado, desde lo trascendental hasta las infamias menudas del "Caso Castro". No dudamos que los lectores compartirán la opinión de la casa editora.

Editorial AIP

EDITORIAL AIP
104 BEACOM BLVD.
MIAMI, FLA.

Precio \$0.80 US

MILITANTES DEL ODDIO

Bernardo Viera Trejo

EDITORIAL AIP

bernardo viera trejo:

militantes del odio

Y OTROS RELATOS DE
LA REVOLUCION CUBANA



bernardo viera trejo:

**militan-
tes
del
odio**

Y OTROS RELATOS DE
LA REVOLUCION CUBANA

EDITORIAL

ADP

Miami 1965

DISTRIBUIDORA UNIVERSAL

P. O. BOX 353

MIAMI, FLORIDA 33145

PHONE: 371-7829

SEGUNDA EDICION

No. _____

A mi madre,
Amparo Trejo.

A Miguel Angel Quevedo.

INTRODUCCION

Cualquier proceso revolucionario --desde la Revolución Francesa a nuestros días-- ofrece una cantera inagotable de material literario, filosófico, sociológico o de otra índole.

La Revolución Cubana, con todo lo que tiene de malo y de bueno --la experiencia y otras minucias--, ha provocado en cinco años tantos conflictos internacionales y locales que ya resiste una nutrida bibliografía.

Aquí va un puñado de cuentos y relatos --el lector puede calificarlos así o de otra manera más denigrante, como quiera-- basados en los hechos paridos por la última y más lamentable de nuestras revoluciones.

Su calidad --buena, regular o mala-- resiste todas las críticas. Pero si alguien tuviera la ocurrencia de elogiar este libro, no base el elogio en la imaginación del autor: las cosas que aquí se cuentan, y otras aún peores, sucedieron y están sucediendo en ese convulso pedazo verde tirado por Dios en el corazón del Mar Caribe, pródigo en azúcar, tabaco, café y aventureros de la peor especie.

Bernardo Viera Trejo

Miami, octubre 10 de 1964.

LA VISTA PRODIGIOSA
DE INOCENCIO CUETO

Cuando los barbudos llegaron al tope de la Sierra Maestra, hacía cuarenta y cuatro años que Inocencio Cueto --Mirón-- campeaba en ella. Los más viejos recordaban el relato que el propio Inocencio les hiciera, a su llegada, el Otoño de 1912:

“Subí, como todas las madrugás, la loma de Santa Fe --a un lao de Camajuaní, en el medio de la Isla-- pa cuidal la siembra que nos daba de comel a mí y a mi mujel; pero la muy bandolera, cuando calculaba que yo había llegao al topito, metía en el bohío a un mayoralito jaquetón, llamao Socorro Helnández, y se ponían a hacel bellaquerías. Yo no sabía lo de la fuelza de mis ojos --esta mirá prodigiosa que me tiene asombrao a mí mismo-- hasta una de aquellas mañanas en que se me ocurrió miral fijamente pal caserío, a un costao de la loma donde yo tenía mi sitio. Primerito, bajé la mirá hasta el sembrao de mi compadre Lolo, como a 200 varas de'onde yo estaba. Como esa vez me dió la corazoná --como ya dije-- de miral con fijeza, con una fijeza exagerá, ví las hojas del platanal de Lolo, una por una, como si las tuviera al laíto, y hasta ví al compadre, en medio de los plátanos, llevando un racimo hasta su yegua lunanca, amarrá en la celca, del lao de allá.

Eché a rodal la vista más lejos entoavía y era como si yo mesmito fuera por el trillo. Llegué con mis ojos hasta los primeros bohíos de la sitiería, como a media legua de distancia de onde yo estaba. Ví el bajareque de los Alonso, la casa colorá de Villo Vildósola, las cualterías donde viven Chito Rojas, Pedro el Parío y la viuda de Pancho Portal. Aunque muchas veces yo había mirao pal caserío, esa vez yo pude detallal cosas que, estoy segurito, más naide --en toíto el mundo-- pué vel a tanta distancia. Yo no sé si era por lo de la fijeza, pero ví, clarito, la ropa tendía de Chito Rojas; el tinajón, a través de la ventana abielta de Pedro el Parío; a la viuda de Pancho Portal dando paletás a una camisa del hijo; y tó era como si estuviera pegaíto a ello. Por el camino bajaba el mayoralito con su jipi y su guayaberita. Le ví quitalse el jipi frente a una casa y entral. Entonces fué cuando reparé que era en la mía. "¿Qué querrá este chulampín en mi bohío?", me pregunté. Miré como mi mujel asomó las manos por las ventanas pa'cerrarlas. ¡Pegué a bajal a tó lo que daba la potranca! Como mi casa está casi a una legua de donde yo miraba y como la bajá de la loma tiene sus peligros, me demoré media hora en llegal. Le pegué una patá a la puelta y mi mujel y el mayoralito estaban en plena bellaquería. Se me subió la sangre pa'la cabeza y principié a entrarle a machetazos al tal Socorro que na'má tuvo tiempo pa paralse en el medio del cualto. Mi mujel, mientras yo dejaba tiesito al chulampín, atinó a grial: "¿Quién te lo ha dicho, Inocencio?". "¡Estos malditos ojos, en los que Dios, pa mi desgracia, ha puesto más vista que en tos los demás ojos de la tierra!". Eso le dije, en veldá, pa'mantenel el pensamiento ajeno a la mano que macheteaba. Dispué saqué del

pantalón del mayoralito lo que tenía de dinero --que eran como cuatro pesos: dos machos y otros dos en menudo--; limpié el machete ensangrentao en la sábana donde se acababa de ensucial mi honra; envolví en la mesma sábana a mi mujel y me la eché al hombro hasta el bohío de los suegros, media legua más abajo. Yo sabía que estaban allí, porque volví a concentrar la mirá y ví a mi suegra dando de bebel de una taza al baldao de mi suegro, en el portal. Como yo iba a pie y con la carga de la mujel a cuestras, demoré más de dos horas en llegal, las que entretuve en miral fijamente pa'la casa de los padres de la muy bandolera. Es veldá que las vueltas del camino pusieron pedazos de otras casas, lomititas, matas y yelbas entre mis ojos y el bohío de los viejos, pero hubo momentos en que los pude vel bastante claros: a la vieja, salí y entral y, al viejo, arrastral su pie baldao por el portal, agacharse a recoger una cosa de la tierra y volvel al sillón. Cuando me vieron llegal, ya yo estaba al pie del portal. Lo atravesé. Pasé por el lao al suegro, quien se quedó pasmao cuando vió la sábana ensangrentá y oyó los sollozos de la hija desde adentro del bulto. Sin entral, tiré el faldo con la mujel adentro en el medio de la sala --los pellejos al aire-- y, dirigiéndome a mi suegro, le dije, mientras le echaba encima las monedas que había sacado del pantalón del mayoralito: "Aquí le devuelvo a su hija pa'siempre y aquí tiene el primer dinero que se ha ganao como puta". Dispué dí media vuelta y empecé a caminal y a miral pa'lante, pa'trás, pa'los laos, a tó lo que daban mis ojos. Gracias a ellos, ví la gualdia rural acelcalse en muchas ocasiones adonde yo estaba, pero como yo sabía que faltaban horas pa que ellos me vieran, siempre pude escapal. Como yo tenía que confial

en mis ojos pa'podel huil, la fuga fué demorá. Yo siempre subía pa'rriba de las lomas, a dominal los llanos y los caminos y las carreteras y hasta los trillos. Cuando llegué aquí, al cocorotico de la Sierra, había recorrió más de media Isla y habían pasao ocho meses desde el encuentro con el difunto Socorro Hernández."

- II -

Esto contó Inocencio Cueto cuando arribó a la Sierra --huyendo de la justicia--, el otoño de 1912. Después se olvidó --o quiso olvidarse-- de su relato. Ya era conocido por "Mirón" y para un vecino, Armenio Viñas, Inocencio era "el hombre de mejol vista que ha parío madre".

Inocencio Cueto no volvió a bajar la Sierra Maestra. Casi en el mismo pico del Turquino --donde apenas habían llegado tres exploradores, veinte años atrás, con un busto de Martí a lomo de burro, y cuatro o cinco estudiantes diez años después--. Mirón fabricó su bohío, tiró una cerca de ítamo real --que tuvo tiempo de crecer y hasta de secarse-- y se entregó a la tierra: al cultivo de frutos menores.

El gigantesco alcance de su mirada se había perfeccionado en la inmensidad de su ámbito y llegó la fecha en que no hubo movimiento en varias leguas a la redonda que no fuera captado --si se lo proponía-- por Inocencio Cueto.

Por ese tiempo, sus ojos resistían la comparación de un lente astronómico. El año 26 --aún lo recuerdan algunos viejos-- Cueto estuvo dos días con dos noches mirando al cielo, dirección noroeste. Al cabo dijo a sus vecinos:

--Pa'la Habana vá una turboná de las bravas...

Cuando las noticias de los desmanes del ciclón subieron hasta la Sierra, muchos recordaron que "Inocencio lo vió venil". Algunos incrédulos lo atribuyeron a conocimientos del sol, de la luna y de las nubes, y hasta estuvo presente la opinión que daba a Inocencio atributos de brujería y santeoría.

Fué necesario que Mirón reuniera a todos para decirles que había visto bichos en los caballos y en el ganado de Julio Paz --cuyos potreros distaban tres leguas del lugar-- y que ya los bichos habían llegado hasta los animales de los Solana, una legua abajo. También fué necesario que algunos le hicieran caso y protegieran y salvaran sus animales y que otros --los más incrédulos-- perdieran sus reses, para que ninguno volviera a dudar de la vista prodigiosa de Inocencio Cueto.

- III -

Los barbudos llegaron a finales del año 56 --Inocencio los vió desde que iniciaran la ascensión--. Enseguida supieron la vida y milagros de cada familia de la Sierra Maestra. Desde entonces, la ley del más fuerte --como en la jungla-- regiría los destinos de estas familias guajiras: de sus hombres se formarían los soldados del Ejército Rebelde, de sus siembras y de sus crías se alimentarían los alzados, de sus hijas harían guerrilleras y madres. Estos ingenuos campesinos ignoraban que la llegada de esos 12 barbudos --los mismos que viera venir Inocencio-- representarían un cambio total en sus vidas; principalmente, en la de Inocencio Cueto.

Un día, Mirón les dijo a los barbudos --así habría de comenzar su vertiginosa carrera militar-- que se acercaban seis soldados armados. Estos fueron "esperados", desarmados y fusilados. Entonces, el Comandante hizo cabo a Inocencio.

A la semana, Cueto vió "un aparato pareció a un caballito del diablo, pero más grande, que se va a aparecel por atrás de esa nube". Al rato, los barbudos --prevenidos y emboscados-- divisaron y tumbaron un helicóptero del ejército. Ahí mismo, el Cabo Mirón se convirtió en el Teniente Cueto.

El grado de Capitán le llegó a Mirón el día en que, personalmente, le dijo al Comandante:

--Ese hombrecito que usted ha puesto en su escolta y que llegó antiel y que parece que es amigo viejo suyo, yo lo ví desde aquí arribita cuando hablaba con unos soldados dos leguas más abajo, unos días antes de subil...

El Comandante hizo detener al nuevo escolta y --aunque se ignoran los medios-- le hizo confesar el plan trazado por al ejército para asesinarlo. Con la confesión, el traidor se ganó el fusilamiento y, de paso, ganó para Inocencio el grado de capitán.

El Capitán Cueto, aunque disfrutaba de la tranquilidad antibélica que se respiraba junto al Comandante, tenía que pasarse días enteros dando vueltas a la Comandancia. Allí se le veía, con sus ojos arrugados de tanto mirar, escudriñando arriba, abajo, a un lado, al otro. El Comandante se confiaba más a las miradas descomunales del anciano que a los "miratelescópicas" de su escolta.

- IV -

Un día, el Comandante amaneció de buen humor

y cargó con Inocencio desde la mañana. Hizo que Mirón lo acompañara al río para su baño semanal. Lo sentó junto a él mientras dictaba unas declaraciones para la prensa extranjera. Lo llevó a presenciar un juicio sumarísimo --ya esto entraba en el capítulo del entretenimiento-- y la ejecución de un barbudo que, por robarse una vaca sin permiso del Comandante, fué castigado con la Ley de la Sierra. Lo situó a su diestra en la bien servida mesa de vino (un "clarete" Saint Emilión, regalo de un terrateniente de la zona), carne guisada --de la vaca que se robara el ejecutado--, arroz blanco, plátanos maduros fritos, cascotes de guayaba, quesos y café. Le dió a fumar un H. Uppman número 4. Y se lo llevó con él --ya entrada la noche-- al pico más alto de la Sierra.

Allí, en el mirador más elevado de la Isla, sin más testigos que los inmensos árboles --siempre húmedos-- y el busto triste de José Martí, el Comandante señaló hacia el oriente --la delatora luna del trópico en disposición de colaborar con la mirada de Inocencio Cueto-- y así le habló al Mirón:

--Inocencio, yo quiero que tú te olvides de occidente y concentres tu poderosa vista hacia el oriente; estrictamente, hacia el lugar que te estoy señalando.

Mirón Cueto acomodó las posaderas sobre una piedra, engurruñó la pellejera limítrofe a sus ojos y así se mantuvo --como una estaca-- por espacio de una, dos, tres, cuatro horas.

El Comandante agotó varios habanos. Dejó que Inocencio mirara sin interrumpirlo. Le abandonó por algunas horas. Regresó. Se mantuvo en silencio junto a Cueto. Hasta que comenzó a amanecer.

Para esa hora, Inocencio había terminado de mirar. Asombrosamente, la luz debilitaba su vista. Respiró profundo, se encogió de hombros y habló:

--Mira, Comandante: he visto infinidá de barquitos, de pejes, de cayos, de islotes, de islas y hasta he visto tierras firmes. He visto que mientras más estiraba la vista, cambiaban las caras, las ropas de la gente y hasta las folmas de los balquitos...

El Comandante --acaso la persona que más creía en las cosas que Inocencio Cueto decía ver-- sostuvo al Mirón por sus poderosos hombros:

--Pero, ¿no viste nada más, Inocencio?.. Yo sé que tu vista domina todos los espacios, pero yo siempre he pensado que tú, si te lo proponías, podías ver más allá del tiempo... ¿No viste venir nada de allá, del oriente?..

Inocencio cruzó la tosquedad de dos de sus dedos sobre la boca y besó groseramente:

--¡Por la memoria de mi madre que no ví mas ná que lo que te dije, Comandante!...

- V -

Desde aquella mañana, Inocencio anduvo como encogido. El Comandante comenzó a subestimar la la vista de su Capitán. Este, a su vez, despreocupó su mirada en la custodia: solamente dio cuenta de cosas que veía a unas pocas leguas. Todos atribuían su abandono visual al maltrato del Comandante.

Así las cosas, llegó el día de la victoria. Todos se dispusieron a bajar, exhibir sus barbas a lo largo del país y disfrutar la gloria conquistada en

16

escaramuzas periodísticas y radiales.

--¡Te llegó tu momento, Inocencio!.. --dijo uno de los comandantes.

El Capitán Cueto no habló. Trató de pasar inadvertido cuando el Comandante fijaba compromisos. Bajó con los vencedores hasta una de las estribaciones cercanas y allí se despidió del Comandante:

--He mirao bien y no hay ningún peligro hasta la Habana. Yo, Comandante, me quedo aquí: en mi mirador del Pico...

Inocencio Cueto regresó a su bohío esa misma noche. Se cortó la cabellera de dos años y se afeitó. Por último, tiró al pozo el uniforme verde-olivo con los galones de capitán.

- VI -

A las cinco de la mañana, cuando las familias vecinas se levantaban para la faena diaria, Inocencio llevaba dos horas limpiando su sitio de bejuocos y yerbas parasitarias, y disponiéndose al cultivo de frutos menores y a la cría de gallinas --como había hecho desde su arribo a la Sierra hasta que llegaron los barbudos.

La voz se corrió en unas horas. Por la tarde, eran más de veinte los visitantes que tenía --y que esperaba desde horas antes-- el ex-capitán Inocencio Cueto.

--¿Cómo es que no has bajao, Mirón?..: Tú eres la confianza del Comandante.

Inocencio se mantuvo callado, sereno, doblado sobre su tierra. Otro habló:

--¿Qué pasó entre el Comandante y tú la noche que él te subió a que miraras pal otro lao?...

17

Mirón, sin responder, dejaba semillas de calabazas y gotas de sudor en el surco abierto. Un tercero insistió:

--¿Es veldá lo que se corrió de que te había fallao la vista?

Cueto, impasible, tapaba con su guataca la calabaza y el sudor. Pero ya fueron varias las voces que lo asaltaron:

--¿O es que viste más de la cuenta, Mirón?...

Inocencio Cueto se estiró desde su tierra. Llevó la guataca al hombro. Dió la espalda a sus vecinos. Dijo, a la vez que se alejaba hacia su bohío:

--Ná; que me pasó lo mismito que el día en que machetí al mayoralito: que tuve la desgracia de miral demasio.

.....

(Inocencio Cueto fué detenido el día 19 de marzo de 1962, mientras dormía, por una patrulla de soldados soviéticos y fusilado esa misma tarde al pie de su bohío, acusado de colaborar con los nuevos rebeldes).

EL PRECIO

--El país está en guerra, viejo...

--Hay un dictador que quiere cogerse esta tierra para él sólo...

--Y nosotros estamos empeñados en libertarla. De la misma manera que usted y hombres como usted la libertaron el año 95...

Eso dijeron los tres jefes barbudos a Don Pantaleón Núñez --un tronco de hombre que, a los setenta años, mataba un añojo de un piñazo en medio del testuz-- cuando se acercaron a su bohío.

El viejo remolinó a su alrededor a la mujer y a los cuatro hijos. Fué la anciana la única que descubrió un perdido brillo en los ojos arrugados del marido cuando éste respondió:

--Pues entoavía me quedan arrestos pa pelial: cuenten conmigo y mis muchachos pa lo que sea...

Pero los barbudos ya estaban contando: seis de las diez gallinas de la familia, dos de las cuatro vacas y toda la reserva de huevos y viandas fueron requisadas para la Revolución.

--Aquí tiene un pagaré por cien pesos, a cobrar cuando hayamos ganado... --dijo el primero que hablara al entregar un bono a Don Pantaleón Núñez: la bandera cubana y una bandera roji-negra,

que Don Pantaleón no conocía, entrelazadas. Debajo, se leía: "Vale Cien Pesos dentro del Territorio Libre de Cuba". Más abajo, con letras pequeñas: "Pagadero al triunfo de la Revolución".

Tras las palabras y la requisación y la entrega del pagaré, los barbudos tomaron el camino de La Horcá --al fondo del mapa oriental--, no sin antes advertir a los campesinos:

--Ya ustedes son miembros del Ejército Rebelde; por cualquier informe que suministren a los soldados serán castigados con la "Ley de la Sierra"...

Ni Don Pantaleón ni su gente sabían qué era la Ley de la Sierra. Tampoco entendieron la amenaza de los barbudos. Pero, para el caso, daba igual: aquellos viejos y sus hijos eran gente de una sola palabra.

A las pocas noches, tres de los alzados volvieron. Traían un cerdito --requisado en otro bohío y pagadero también "al triunfo de la Revolución"-- y lo hicieron asar y servir sobre el modesto mantel del bohío. El jefe del grupo --esa vez-- fué especialmente atento con Esperancita, la hembra, y hasta brindó "por la libertad de la Patria".

--Llegó el momento, viejo... --dijo a Don Pantaleón, mientras cargaba con Gilberto y con Nacho, los hijos mayores de la familia, hacia las lomas. "¡Patria o muerte!", gritó a la vez que entregaba un San Cristóbal a cada uno de ellos.

El anciano y su mujer, abrazaditos a la puerta del bohío, apretujaron más sus vejeces cuando vieron perderse por un recodo de la loma los rifles alzados y despedidores de ambos hijos.

Los soldados llegaron a las pocas semanas, precedidos por una docena de aviones que no dejaron quieto el cielo en todo el día.

--Por ahí cogieron; yo conté más de ochenta... --informó el viejo Núñez a los soldados, falseando ambos datos.

En verdad, los barbudos no llegaban a dos docenas y habían tomado el camino de La Horcá, hacia el otro rumbo.

A pesar de los aviones, de las armas modernas y de todo lo demás a su favor, los soldados de kaki decidieron acampar hasta que les llegara refuerzo para presentar batalla a los alzados. "Por cien pesos mensuales, que se arriesgue la madre del General", dijo --entre los suyos-- el teniente.

Pero Don Pantaleón tenía una idea fija desde la noche anterior: "Yo no silvo pa esto", le dijo a media noche a la mujer. "Usted, quédese aquí con la muchacha y con Panta, que yo me voy con los otros". Y se fué detrás de los hijos alzados. Por el camino, sintiéndose protegido por la modestia de un cuchillo para hacer frente a morteros, bazookas y aviones, pensó: "El que no silve pa matal silve pa que lo maten". Después, no quiso pensar más. Se perdió en la noche.

A la mañana siguiente comenzaron a escucharse en el bohío los tiros y el silbido de la aviación y se advirtieron las montañas de humo y el olor a pólvora; todo detrás de las lomas de La Horcá. Por la tarde, nuevos grupos kakis pasaron frente al bohío. En la noche, los aviones volaron bajito y desde la casa de los Núñez se oía el ruido infernal de las bombas y se veía la montaña de fuego y de humo.

Dos días con dos noches llevaban Doña Esperanza, Esperancita y Panta escuchando detonaciones y oliendo pólvora, cuando la vieja decidió:

--Espe, sube tú, que eres mujel, a vel qué ave-

riguas de los muchachos y del viejo. Panta se queda aquí pa lo que se amerite...

--Mándeme mejol a mí mamá: --dijo el muchacho.

--No. Algún macho tié que quedal en la casa. Entonces, Esperancita se fué.

Por fin, la mujer y Panta dejaron de escuchar los estruendos bélicos y vieron el regreso de los soldados de kaki. "Limpiamos a esos come-vacas", decían. Y no volvieron jamás por aquellos parajes.

Durante un año, muchos fueron los barbudos que trajinaron alrededor del bohío y muchos los que se detuvieron a beber agua, descansar o investigar, en la puerta de los Núñez. Pero ninguno de ellos dió a la anciana razón de sus familiares. "Los alzaos nos movemos como potros cerreros", dijo una vez uno de aquellos. "Dicen que lo que hacemos se llama guerra de guerrillas". Entonces la mujer escuchó al optimismo del hijo menor:

--A lo mejol como que andan pa'otro lao...

Una noche, la vieja sintió un extraño griterío en el patio. Ya estaba a punto de llamar a Panta --que se había hecho hombre en la soledad-- cuando sintió la voz de la hija en la cerrada ventana:

--Abra, mamita. Soy yo, Espe.

Cuando la anciana se desprendió hacia la puerta y se echó encima, a chorros, la claridad de la luna, apenas conoció a su muchacha: vestía de hombre --pantalón y camisa verde-olivo--, llevaba un rifle a la espalda y calzaba zapatos de vaqueta. Estaba más gruesa --"más formá", pensó Doña Esperanza-- y mucho más morena. Abrazaba por la

cintura al jefe guerrillero, quien dejaba descansar su mano en el hombro de la muchacha.

--¡Ganamos, mamita!.. ¡Semos libres!.. --Y se tiró al cuello de la anciana.

Panta estaba al centro de la salita y su rostro acaparaba casi toda la luz del quinqué que traía en las manos. Extendió la modesta lámpara hacia el grupo, buscando los rostros del viejo y de los hermanos detrás de algunas de aquellas barbas, pero la hija ahorró el trabajo a la madre y al hermanito:

--Papito, Gilbe y Nacho murieron el mismo día que usté me mandó por ellos. Cayeron en una emboscá y los casquitos los afrijolaron.

Panta soltó el quinqué sobre la mesita y se estrujó sollozante contra la madre, terminando por hundirse en los pechos aplastados de la mujer.

El lloro de la anciana fué discreto: sin sollozos ni lamentaciones, dejó que sus ojos se encharcaran en lágrimas. Entonces se limpió una vez, dos veces. Y otra vez se volvió a limpiar los ojos. Esperancita no lloró, acaso porque venía de la guerra.

En el interior del bohío, el Comandante habló:

--Gilberto peleó como un macho... Mire... --y le mostró a la anciana el brazalete rojo y negro que le cubría el antebrazo. "Brigada Gilberto Núñez", eran las palabras bordadas en su centro. "Usted tiene que estar orgullosa de su familia.. Su hijo le ha dado nombre a nuestro batallón".

Otro de aquellos hombres se quitó su brazalete y lo colgó de una de las manos de la anciana --la que subía periódicamente a secar los ojos-- mientras la hija se revolcaba sobre las rodillas del

Comandante.

“¿Y tú..?”, preguntó la madre a la muchacha.

Esperancita señaló al jefe --un comandante flaco, desgarbado, de largas barbas, sonrisa agradable y una tira de teipe en la muñeca derecha--. Respondió a la madre:

--Bajo con él. Ahora es cuando dicen que viene la lucha de verdad mamita. Hay que acabar con el imperialismo...

La anciana se apretó más al rostro húmedo del hijo, aún escondido dentro de la pellejera de sus pechos. Así permanecieron los dos hasta que comenzara el éxodo de los alzados por el mismo trillo que habían ascendido doce meses atrás: cuando eran seis en la familia de Pantaleón Núñez.

Ya solos, la anciana separó con dulzura a su hijo de 16 años, se acercó al quinqué y observó detenidamente el brazalete rojo y negro que le habían dado, a cambio de las vidas de su marido y de sus hijos, y del amor de su única hija.

--Más nos pagaron por los animales, dijo.

LA PUNTERIA DE AMANCIO ESTRADA

El Capitán Amancio Estrada era tremendamente ágil cuando se trataba de cumplir ese tipo de orden. Por eso fué el primero en bajarse del carro perseguidor, recién pintado de verde-olivo.

También fué el primero en atravesar el pequeño jardín. Sus nudillos insistieron sobre la puerta.

--¡Venimos por Leoncio Carrillo! La puerta se abrió al momento. Una mujer temblorosa intentaba atajar al Capitán Amancio Estrada y a sus dos acompañantes:

--¡Que Leoncio no ha hecho nada!..

Pero el Capitán Estrada había adquirido con suma rapidez la técnica policial: "¡Cumplo órdenes!", dijo.

Del interior de la vivienda salió un hombre alto, la camisa a medio abotonar, la barba de varios días. El hijo le rodeaba el cuello con sus pequeñas manos. Sollozaba con esa pura intuición de la niñez.

--¡Acábeme de llevar!.. --dijo Leoncio bajando al hijo, quien trasladaba el amoroso abrazo a las largas piernas del padre.

El preso abrió sus brazos velludos al temor de la mujer, que ya se había desprendido hacia su

pecho. Eludió mirar al pequeño y se alejó, irremediablemente dispuesto a padecer.

El Capitán Amancio Estrada se echó a un lado para dar paso al detenido. Su dedo mantenía una exacta presión sobre el gatillo del M-1. Su media mirada insistía en los ojos de Leoncio Carrillo hasta que lo tuvo de espaldas.

Escuchó sin oír --cualidad que recién le incorporara el ejército-- a la esposa del detenido y hasta le pareció que ésta tuvo la osadía de colgarse de su brazo, en reclamo de clemencia. También creyó que la mujer insistía en acompañar al marido, pero de esto último no estaba seguro. Su preocupación era que la cabeza del hombre preso le quedase delante de su M-1. Esa y no otra era su preocupación.

En verdad, el Capitán Amancio Estrada no era otro que el ciudadano Amancio Estrada --Amancio el Tuerto por mal nombre-- a quien un miembro de la Guardia Rural le saltara el ojo izquierdo de un planazo mal medido. La desgracia le había llegado a la salida de un juego de beisbol, cuando se acercó a oír lo que gritaban unos estudiantes.

Antes de enterarse que el grito era "patria o muerte", ya la punta del Collins le había ensartado el ojo y, como se lanza el cuesco de una aceituna, lo envió por los aires a media cuadra de distancia.

A raíz de aquella desgracia, Amancio se hizo opositor. Puso tres o cuatro bombas en el pueblo... pero la lucha en la ciudad era muy dura. Entonces, se decidió a subir a la Sierra. Cuando regresaron triunfantes, el ex-ciudadano Amancio

Para ese tiempo, tenía unas barbas nazarenas. Su melena --larga y lacia-- caía frondosamente sobre sus orejas y disimulaba bastante la atracción de su cuenca vacía y legañosa.

Aparte esto, Amancio había aprendido a utilizar sin remordimiento el M-1 y ya intuía que aprendería a decir, con profesión, "cumpló órdenes". También aprendió a odiar a todos los contrarios; a todos los esbirros; a todos los que señalara su comandante. En general, aunque no había salido de la etapa de entretenerse con los opositores, el Capitán Amancio odiaba a todas las personas que tenían los dos ojos bien plantados.

El preso, tan digno en la detención, en el trayecto había perdido la brújula de su valor. Tanto aduló al Capitán Amancio Estrada que éste sintió ofendida su intolerancia. Pero el momento fatal del detenido fue cuando convirtió sus dos ojos en incontenibles fuentes de llanto. Estrada, el Capitán, desvió su media mirada hacia la ventanilla. El pánico del detenido le daba náuseas. "Aquí mismo le sacaré los dos ojos", pensó.

Cuando llegaron al patio de la prisión, el Capitán Amancio Estrada descendió primero. "¡Bájate!", conminó al preso. Con una seña, ordenó a los otros que prosiguieran el recorrido en el carro perseguidor.

--¡Camina pa'lante! --gritó el Capitán al detenido. Le dejó dar unos cuantos pasos delante de él. Entonces puso el ojo bueno en la mirilla y le metió un escopetazo al preso en el mismo medio de la espalda.

Como el hombre se quedó un instante de pie antes de desplomarse y como el Capitán Amancio Estrada avanzó un poco más, tuvo tiempo de observar que la cuenca vacía de su ojo quedaba a la altura exacta del hoyito en la camisa, por donde entrara el plomo, y escapara la vida de Leoncio Carrillo.

LA LOGICA
DEL CORONEL
PERFECTO LUNA

El coronel Perfecto Luna, en cualquier otro cambio de gobierno en la vida política del país --aunque fuera como ése, por la vía insurreccional-- no habría dudado en ir a su trabajo a la mañana siguiente, saludar y hasta felicitar a los revolucionarios que encontrase en el camino, sentarse a su escritorio y continuar sumando y restando pantalones, guerreras y botas militares. Exactamente lo que venía haciendo desde el año 40.

Sin embargo, un informe mañanero y otros hechos --que deberán ser narrados en favor de la reacción del Coronel-- provocaron su huida de la residencia familiar y culminaron en aquella situación, a todas luces angustiosa.

Aunque solemnemente, ya iba para el cuarto día que el Coronel Perfecto Luna no salía de un closet del apartamento de su amante. Demasiado castigo para un hombre que tuvo épocas gloriosas, en que no cabía ni en sus dos residencias, ni en la casa de la amante, ni en las ocho caballerías de recreo de su finca. Fué cuando coincidieron la seducción de Michini, el ascenso y el fuerte abrazo del General.

En las primeras horas de la fuga del General, aún después de conocer la detención de dos oficia-

les compañeros suyos, el Coronel Luna tuvo la intención de presentarse al responsable de la revolución en su barriada, determinar su situación e irse a su trabajo. Su intención resistió --inclusive-- la prueba de la consulta hogareña: su esposa se mostraba partidaria de la idea. "Tú nunca has matado ni a un mosquito", afirmó la esposa con oprobiosa rutina. Por último, le sugirió:

--Más vale que salgas de eso.

Entonces fué cuando el Coronel recibió el informe mañanero de la ejecución, sin previo juicio, de los dos oficiales compañeros suyos. Su lógica, entonces, le sugirió posponer la presentación.

Los hechos posteriores fueron: la severa visita de un grupo vestido de verde-olivo, el depurado saqueo a las porcelanas de la sala (acción que facilitó su huída); y los insultos a su esposa "por estar casada con un esbirro". Estos fueron los hechos que empujaron al coronel Luna al ropero de nueve metros cuadrados de la casa de su querida.

Primero, el coronel Perfecto Luna esperó varios segundos para acostumbrar la vista. Acomodó contra la pared lateral derecha del ropero la banqueta que le facilitara Michini y se sentó a esperar no sabía qué. Jamás tuvo la intención de estrujar los vestidos de la amante, pero aquella tenaz lluvia de sedas le bailaba en la cabeza y en las orejas y en los ojos y hasta en los hombros. Cuidadosamente empujó los percheros hacia el lado contrario.

Relativamente cómodo, Luna comenzó a pasar revista mental a su actuación como militar mientras

duró la guerra: su nombre no aparecía en un solo hecho contra los revolucionarios. Terminó respirando hondo. Esbozó una sonrisa y encendió un cigarrillo. Sintió el duende del bochorno en su rostro por la rapidez en esconderse en el closet. Casi estuvo a punto de llamar a Michini --la cual no se movía del dormitorio contiguo ante el posible requerimiento de su amante-- para que le abriera la puerta. Su lógica volvía a insistir en la presentación judicial.

Esta perseverancia en el sentimiento de ponerse a la disposición de la justicia triunfante la basaba --por igual-- en el convencimiento de su inocencia y en los antecedentes históricos del país. "Aquí nunca han matado a nadie por defenderse" pensó.

"Si esta gente es honrada de verdad --continuó pensando, soslayando el saqueo que sufriera horas antes-- lo peor que podrán hacerme será la degradación. En esto no les faltará la razón. Solamente por recomendación puede llegar a coronel un hombre que no ha tenido mayor responsabilidad militar que ordenar y firmar comprobantes de entregas de uniformes y advertir en reiterados memorandums al cabo Collado que, de continuar gastando dos pares de botas mensuales, sería investigado".

Se alegró de recordar su simpática entereza frente a la injustificable dilapidación calzada del Cabo Collado. "Creo que se llamaba Eustaquio Collado aquel sinvergüenzón; a mí siempre me hizo gracia tener que mandarle los memorandums".

El Coronel hizo un movimiento de su cuerpo tendiente a levantar ligeramente las patas delanteras de la banqueta. Puso la colilla debajo de una de las patas y descendió con toda su fuerza para

tritular con el peso de su humanidad las posibilidades de un incendio, provocado por aquella boquilla con filtro.

Eliminada la amenaza de morir achicharrado dentro de su escondite, el Coronel planeó sus próximos actos: llamaría a Michini para que le abriera; se afeitaría; se pondría el uniforme y marcharía a su puesto detrás del escritorio. Lo único que le chocó fué la idea de contrastar con sus galones de coronel. "Eso está mal, porque ellos, que acaban de ganar una guerra, no son más que comandantes". Sonrió ante la solución que se le ocurría:

"Me pondré una de las guerreras anteriores al último ascenso (aunque me apretará un poco). Con la misma graduación de ellos, no se podrán dar por ofendidos".

Antes de decidirse a llamar a la amante --al fin y en beneficio suyo-- su lógica lo empujó por los vericuetos de la justificación legal de sus propiedades.

Sacó cuentas. Inventó comisiones --"que nunca han sido un delito en este país"--. Se puso regalos. Pero, por mucho que agregó a su salario, toda la paga percibida desde el año 40 no alcanzaba para cubrir el costo de la carretera interior de su finca.

Por segunda vez, el Coronel pospuso el acto que lo liberaría de su pasajera condición de prófugo. Supuso que el Comandante hablaría de un momento a otro a la ciudadanía para calmar los ánimos. Entonces ellos (los militares y funcionarios del anterior gobierno que no tuvieron nada que ver con la guerra) podrían salir a la luz, dejar limpia su situación y reincorporarse a sus respectivas responsabilidades. "Para eso están los jefes, para

pensar mejor que los soldados. Yo no puedo culpar al Comandante vencedor de los desmanes cometidos por esos facinerosos esta mañana en mi casa. Lógicamente, todo se arreglará. Esa ha sido la costumbre".

El Coronel habría encendido otro cigarrillo de buena gana; pero prefirió esperar el café que, seguramente, le prepararía Michini de un momento a otro.

Mientras tanto, prosiguió analizando su posible suerte. No tuvo timidez en avanzar hacia lo peor que pudiera sucederle --aunque se saliera de los antecedentes-- en los días posteriores.

"¿Podrán juzgarme por hechos de sangre? ¡Nunca! Jamás he ordenado la detención siquiera de un ratero. ¿Qué es injustificado mi ascenso a coronel por el sólo hecho de mantener al día mi departamento? ¡Pues que me degraden nuevamente a comandante! ¿Que me exigen cuentas por las propiedades que tengo? ¡Herencia de familia! ¿Que no se lo creen y me pierden la confianza? ¡Pues que me retiren! Eso es. ¡Que me retiren!"

Perfecto Luna hizo una pausa. Quiso dramatizar al máximo su destino. Sabía que pecar de optimista podría llevarle a su perdición. "Si ellos son tan honestos como han estado diciendo, no hay duda que me procesarán por malversación de fondos. Esto, que yo no lo hubiera pensado esta mañana, ahora lo veo más claro. Verdad que un closet aligera la mente. Sí, es casi seguro que me procesen."

Entonces pensó en el Departamento Jurídico del Ejército. "Siempre les suministré ropa en abundancia, trajes de gala en exceso, zapatos de los más finos. En eso estuve claro. ¡Ya está! Me

mirarán duramente y me señalarán. Me parece estar viendo la escena: ¡Coronel Perfecto Luna, usted está condenado a devolver sus propiedades y se le retira del Ejército!. Tendré que devolver la finca y, una de las casas ya que la que vivo me pertenece desde antes del 40. La pobre Michini --que tan bien se está portando-- tendrá que entregar la libreta de crédito de El Encanto y se verá en la necesidad de mudarse para un apartamento más pequeño que éste”.

Luna, una vez concluido su pensamiento, sonrió de tal modo con su carota, sus ojillos, sus arruguitas, su boca y su dentadura de fino trabajo odontológico, que le pareció que el closet se vendría abajo.

“Ya he calculado lo peor. Cualquier suerte que corra de aquí en adelante, si es menor, bienvenida, y si llega a ser tan mala como he supuesto, ya no me cogerá de sorpresa”.

El Coronel fijó los ojos en los vestidos de su amante. La sintió moverse en la cama, del otro lado del closet. Sus reflejos funcionaron sensualmente. Esta vez, al menos, tendría la seguridad que no era por interés que Michini se dejara hacer el amor. Se imaginó el calor de los pechos de la muchacha restregándose contra su cuerpo. La excitación lo empujó a deducir: “¿Y por qué seguir en el closet? Si vinieran a buscarme aquí, me encontrarán igual dentro que fuera de este ropero que ya me está sofocando”.

Llamó a Michini de la forma que habían convenido: tres toques suaves en la puerta del closet. Sus toques, sin embargo, fueron apagados por uno más fuerte en la puerta del apartamento.

Sintió el taconeo de las zapatillas de la mucha-

cha. Escuchó voces de hombres que gritaban y una de ellas le llegó nítida:

--¡Es la revolución!

Otra voz más cercana, penetró hasta el escondite:

--¡Al que te trae en su carro oficial todas las noches, esbirra!..

El Coronel Perfecto Luna parecía un hilo dentro del closet.

Escuchó pisadas, muchas pisadas. Golpes secos. Ruidos de puertas que se abrían y cerraban. Movimiento de muebles. Después fue escuchando la amalgama de sonidos más cerca de su escondite. Sin saber de donde le llegaba el impulso, se puso de pié, culebreó entre los vestidos apeñuscados de la amante y metió en los pulmones todo el aire que pudo. Estaba decidido a eliminar hasta el sonido sutil de la respiración.

Los ruidos se hicieron aún mayores. Sintió cuando movían el tirador de la puerta del closet. Tembló cuando percibió el aluvión de luz dentro de su escondite. Vió la punta de una bayoneta que se enterraba indistintamente a su lado, acaso buscando un doble fondo en el ropero. Los bayonetazos se fueron acercando a él, protegido por los vestidos.

Cuando su mente estuvo en actitud de volver a meditar, ya habían vuelto a cerrar la puerta del closet. Las pisadas fueron apagándose. Escuchó alguna que otra ofensa a Michini, pero ya éstas no le interesaron. Un portazo, por fin, cerró el capítulo de la infructuosa búsqueda.

El coronel Perfecto Luna descartó definitivamente la idea de presentarse a las autoridades y abandonar su escondite. “Aquí estaré hasta que

Dios y Michini quieran". No quiso ni encender un cigarrillo. Sudaba.

Pasó un día. Pasó otro. Después pasó otro más. Dentro del closet, la vida transcurría suavemente. Luna estaba renuente a pensar. Sus movimientos se habían limitado a fumar seis cigarrillos diarios --medidos y contados-- y a apagarlos de la forma pulverizante que acostumbraba. Era este ruido --el de la elevación de la banqueta y la caída fulminante sobre la colilla-- el único que no eliminase: la idea de perecer achicharrado le aterrorizaba.

Luna sintió el toque discreto de Michini del otro lado. Era la hora en que la muchacha le pasaba la comida por debajo de la puerta. Esta vez fué ella quien le incitaba:

--¿Por qué no sales, cariño? Si ya vinieron y no te encontraron...

El coronel pensó, con lógica: "Hasta ahora, ella ha estado muy clara en todo. Me metió aquí y aquí fué donde no me pudieron encontrar. Las mujeres tienen mucha intuición. Por salir a comer fuera del closet y tomar un poco de aire fresco no voy a caer preso. Lógicamente, estos desalmados no volverán por ahora".

Pero volvieron.

"Perfecto Luna, casado, mayor de edad, antiguo coronel de la Tiranía, protegido del sátrapa en fuga, fué detenido en el día de ayer en la casa de su concubina.

"Su amante, Zobeida Pedraja, alias "Michini", fué trasladada a la Cárcel de Mujeres. El ex-Coronel Perfecto Luna será sometido inmediatamente a los tribunales revolucionarios. Se le acusa de ser beneficiario de la tiranía, colaboracionista y malversador de los fondos públicos".

Esa misma noche, el coronel Perfecto Luna fué presentado ante un tribunal militar compuesto por tres miembros, ninguno de los cuales había pertenecido al Departamento Jurídico. Los tres vestían con desaliño el uniforme verde-olivo. Presidiendo el Tribunal Revolucionario estaba un hombretón grueso y grasiento, de ralos bigotes en derrota, que recordaba a determinados mejicanos. Perfecto Luna creyó reconocer esa cara de algún lugar. "Debe ser de los periódicos", pensó.

Inmediatamente llamaron a Perfecto Luna por su nombre completo. Un jovencito delgado y corriente, que debía ser el fiscal, leyó una lista de acusaciones contra Luna. Eran las mismas que aparecieron en la nota de prensa, ampliadas con recortes de periódicos y otras "pruebas".

Se mostró al Tribunal una foto de un periódico atrasado, en la que aparecía el General en el momento de poner varios ascensos en los hombros de un grupo de oficiales. Uno de ellos --apenas identificable, al fondo de la foto-- era Perfecto Luna.

Se sacó un documento firmado por toda la oficialidad del Ejército Constitucional en el que se felicitaba al General por haber resultado ileso de un asalto perpetrado contra su residencia. La firma número sesenta y seis era la de Luna. Después seguían, por jerarquía, cuatrocientas veinte firmas más.

Se esgrimio un decreto en el cual se raticaba a Luna en su cargo burocrático de sumar y restar pantalones, zapatos y guerreras. Como estos decretos tenían que estar firmados por el General-Presidente, el fiscal aprovechó el detalle para dar una entonación especial a la lectura del nombre del derrocado.

De las casas, la finca y su sueldo no se habló.

Luna escuchaba todo como si estuviera frente a la pantalla de un cinematógrafo. Le parecía que no tenía acceso personal a la escena. El presidente del tribunal tuvo que repetir la pregunta, para que Luna volviera de su ensimismamiento:

--¿Tiene algo que alegar en su favor?

El acusado encogió sus hombros. No esperaba tal benevolencia. Tuvo que repasar mentalmente los cargos que acababa de escuchar. Con la voz vencida, el rostro empapado de sudor, los labios temblorosos, atinó a justificar:

--Es lógico que sea el Presidente de la República quien ponga los galones de coronel. Yo...

--Sí, ¡pero no un presidente tirano!.. Prosiga..

--...Esa relación de firmas fué hecha por los archivos del Ejército. A mí no me pidieron la firma para felicitar al General...

--¡Y si se la piden, la hubiera dado!.. ¡Todavía se atreve a llamarlo General!.. ¡Continúe!..

Perfecto Luna iba a decir que, de acuerdo con la Constitución, después de un cambio de gobierno hay que ratificar por decreto a determinados funcionarios civiles y militares. Desistió. Sabía que volvería a ser interrumpido. Por eso se limitó a decir un lugar común:

--No soy malo. Pido clemencia...

Le ordenaron sentarse. Vió a los tres miembros del Tribunal --el grasiento cuya cara creía recordar y los otros dos-- retirarse por una diminuta puerta, al fondo del salón.

Los vió regresar a los tres minutos --el tiempo que se demora estampar tres firmas en un papel impreso--. El grasiento volvió a llamarlo por su nombre y lo conminó a ponerse en atención delante del tribunal. Después leyó la sentencia: Perfecto Luna había sido considerado culpable. Se le condenaba al paredón de fusilamiento.

"La apelación --dijo el grasiento-- será dentro de tres horas. Retiren al condenado. ¡Que traigan otro!"...

Los escoltas esgrimieron las esposas para ponérselas nuevamente a Perfecto Luna. El Jefe del Tribunal que acababa de condenarlo al paredón, mientras esperaba que le pusieran delante al siguiente acusado, echó su silla hacia atrás y cruzó sus pies encima del escritorio que servía de estrado.

El Coronel Luna, que reaccionaba como un autómatas, tuvo un regreso a la realidad, atraído por el exagerado brillo de las botas del hombretón grasiento de ralos bigotes. Las suelas, casi delante del rostro del condenado, daban muestras inequívocas de su reciente estreno.

De no haber sido porque aquella misma madrugada fué llevado al Paredón, el ex-coronel Perfecto Luna se habría enterado del nombre del hombre grasiento de las botas nuevas que había firmado su pena de muerte: "Teniente Rebelde Eustaquio Collado, Patria o Muerte, Venceremos".

CACERIA

El Pabellón de la Muerte está al fondo mismo de la fortaleza. Llegar hasta él supone una ingeniosa burla al laberinto de corredores, dependencias y habitaciones del penal. Esencialmente, porque allí no hay guía ni nadie está dispuesto a movilizar un dedo para mostrar el camino correcto. Esos soldados saben que lo difícil es el trámite anterior --conseguir un pase del Jefe para visitar a algún condenado al paredón--. Así que, una vez comprobada la veracidad del documento, ellos quedan convencidos de que el visitante, aunque extravíe el camino dentro de la fortaleza, es un hombre de suerte.

El hecho de estar vivo ahora no es argumento válido para narrar el sufrimiento que me produjo el viaje por aquel jeroglífico de piedras y humedad. ¿Qué importancia tiene --y qué fuerza podrá agregar a mi relato-- que me perdiese en más de seis ocasiones? ¿Acaso porque me demorase un poco más desandando las rutas equivocadas, el final de mi viaje tendría un resultado diferente para la persona que me esperaba? Su encuentro conmigo, de todos modos, ¿no representaba el inicio de su viaje hacia la muerte?

No; no es que yo tuviera relación con los deli-

tos imputados al hombre que debía morir minutos después de hallarse conmigo --porque, de haberme negado, él habría sido ejecutado igualmente--; pero resultaba que no debía morir sin hablarme. Así, al menos, lo dispuso él mismo --contando con la benevolencia de sus condenadores-- y yo no acostumbro faltar a mi deber.

Aquello --porque llamarle capilla sería denigrar la severidad de esta palabra--, donde eran alojados desde el momento de la condena hasta la hora del viaje al paredón, estaba compuesto por ocho celdas de cuatro metros cuadrados, separadas por un estrecho pasillo. A través de éste se imponía avanzar a saltos. De andar corrientemente habría pisado a algunas mujeres o niños --no recuerdo hombres-- acurrucados frente a las puertas de las celdas, siempre con las caras pegadas al suelo.

En el interior de las pequeñas celdas había desde dos hasta cuatro condenados a muerte --ningún asiento, ninguna mesa, ninguna luz--. Los que tenían la suerte de recibir una última visita de sus familiares (los fardos humanos sobre los que precisaba saltar para no atropellarlos) debían aceptar la peculiaridad de esas rejas: sus barrotes estaban revestidos de planchas de metal, exceptuando seis pulgadas en la parte inferior. Este espacio --en el nadir de las puertas-- era utilizado por los reos y sus familiares para el último encargo, la última frase o el último beso.

Con mi sentido exagerado de las medidas, me asombré de la cantidad tan grande de amor que ví pasar por esas rendijas.

Mi casi-muerto (al primer golpe de vista capté que había comenzado a morir desde hacía semanas),

cuando me tiré yo también al suelo de su puerta para enterarlo de mi presencia, repartía el reducido espacio de la celda con un hombrecito verdoso y canijo, que debía detestar. No sería exagerado asegurar que intercambiaban los últimos rescoldos de odio.

--¡Creí que no llegaría nunca!.. --me dijo, con el tono insolente del hombre habituado a mandar. Quise explicarle las pérdidas por el laberinto arquitectónico de la fortaleza, pero desistí porque antes de coordinar mentalmente las palabras él me ordenaba nuevamente:

--Por ahora, lo que debe hacer es esperar que regresen por mí. ¡Ya vinieron por primera vez y, de usted llegar antes, todo habría terminado!.. --En sus palabras denunciaba el deseo de poner fin a su situación.

El hombrecito verdoso y canijo --que entretenía mi mirada rayándose las uñas con la lija de una caja de fósforos-- opinó:

--Ya tiene algo que agradecer a esta gente: morir en paz con su conciencia.

--¡Cállese!.. --respondió mi condenado.

"Qué discusión tan estúpida a unos pasos de la muerte", pensé.

Frente al verdoso canijo, un mal envoltorio descubría varias naranjas simétricamente peladas por uno de esos aparatos mecánicos que siempre me han llamado la atención. Junto a las naranjas, dos pequeños frascos de pastillas rosadas, cuyas etiquetas no alcancé a leer. Al fondo, una vela de cinco centavos se derretía inútilmente ante una imagen de Santa Bárbara, enmarcada y protegida en sus esquinas por cartones presillados.

Miré con precisión fotográfica aquellas y otras minucias que no viene al caso describir, porque detestaba la idea de observar los rostros de aquellos hombres.

--¿Tiene usted hijos?.. --Habló el hombre desde su rudeza.

--Cuatro --respondí--; ¿por qué?

--Porque esa fué la única condición que puse a mi abogado para acceder a que lo enviara. Un cura católico, usted me entiende, no absolverá los pecados que se me han acreditado, por el hecho de que yo explique que, si los cometí, fué para favorecer a mis hijos... ¿Okey?..

Me levanté. Primero, porque ya sentía dolores en la espalda; segundo, porque me abrumó la ridícula justificación del condenado; y, tercero, porque mi rigor en los juicios intelectuales me obligó a abominar ese detestable "okey" de última hora. "No es lenguaje", pensé, "de un condenado al paredón".

Inmediatamente pedí perdón a Dios --reacción que suele salvarme del pecado-- por sentir desprecio hacia un ser humano que me quiso conceder sus últimas palabras. Palabras que no me incumbía calificar de cursis o de cónicas.

Llevé las manos a mi cintura. Me doblé hacia atrás lo más que pude para contrarrestar el dolor. Me enderecé y salté sobre aquellos sufridos familiares de los otros condenados --siempre cuidando de no pisarlos--. Me dirigí al pasillo exterior a esperar el segundo viaje del pelotón de fusilamiento. En el bolsillo derecho de mi saco sentía el suave peso de mi biblia de trabajo.

Delante de nosotros iban cuatro soldados, el jefe del pelotón. El condenado, a mi derecha, caminaba resuelto, sin preocuparse de sus manos atadas. Detrás --cosa que observé posteriormente-- marchaban otros dos verde-olivados.

--¿Usted ha pertenecido a alguna religión?.. --pregunté al condenado.

--...A mi manera --dijo, como si terminara una frase--. Como muchos que conozco, he ido a misa de vez en cuando y hasta he bautizado unos cuantos muchachos. En estos últimos años, --la verdad-- no he tenido mayor preocupación que fabricar cadáveres.

Cuando dijo eso, bajábamos por un sendero rodeado por esa deliciosa planta que conozco por "galán de noche" y que es como un pomo silvestre de perfume. El ámbito, sin la frase desdichada del hombre, habría resultado agradable.

Al final del sendero nos esperaba --a él, fundamentalmente-- el alto muro, frente a un amplio campo de grama. Ambos --el paredón y la yerba-- bajaban hasta morir en un declive que descendía suavemente hacia los fosos.

Entonces fué cuando elevé con conciencia mis ojos hasta el rostro del hombre. Noté que la llegada al lugar en que habría de morir no le afectó. Este estoicismo me sedujo.

--Una guerra --me dijo-- es una competencia por producir cadáveres. Reverendo --fué la primera y única vez que aludió a mi sacerdocio--, nosotros perdimos porque algunos de los nuestros olvidaron las reglas del juego. Ellos, que produjeron más muertos, ganaron. No crea que estoy aquí, frente a la muerte, por malo. Este castigo, --cosa que yo sabía y procuré no olvidar en todo el proceso-- es

el merecimiento del vencido. Paradójicamente, nos matan por matar menos. Ellos, los vencedores, se anotaron más cadáveres...

Entramos en el período pleno de la confesión, aunque mi sacerdocio no lo aprueba. Apenas seis minutos. Se arrepintió. Lo absolví --dentro de las limitaciones señaladas por mi religión--. Hice la señal de la cruz en su frente. Después, dió media vuelta y caminó despaciosamente.

Observé que los soldados charlaban y encendían cigarrillos. El jefe --un tipo desgarrado que me pareció extranjero, en el pelo y la mirada--, observó al sentenciado con desvergonzada prisa. Se apresuró a retirarle las esposas y el reo abrió y cerró las manos repetidamente. Rechazó sin altanería el paño que le ofrecieron y algo debió pedir al jefe, porque éste se retiró a una esquina del terreno. Lo dejó marchar solo frente al paredón, abrirse la chaqueta azul y gritar:

--Preparen... apunten... ¡ahor..!

Por lo menos cuatro de los seis balazos debieron alcanzarle. Sentí náuseas cuando ví saltar un imponente chorro de sangre del centro de su pecho descubierto.

El condenado se quedó un segundo de pie. Comenzó a inclinarse mientras disminuía la fuerza de la llave roja abierta en su tórax. Escuché un disparo seco y ví la pistola humeante y el brazo recto del oficial sobre los hombros del ejecutado.

No tengo dudas que su fortaleza era desmesurada, porque aquel tiro de gracia --que debió atravesarle el hombro derecho-- no hizo mayor estrago que apresurar su caída hacia la grama, adonde llegaron primero sus manos abiertas.

Como ciego cuadrúpedo, dió tumbos apresurados hasta el declive de los fosos, mientras el jefe del pelotón iniciaba una espantosa cacería.

El segundo tiro de gracia le arrancó la oreja derecha y le ensangrentó el cuello. Como continuaba intentando la inútil huída, --aunque ya prácticamente a rastras-- el oficial desgarrado apresuró dos balazos, casi seguidos, al centro de la cabeza.

Entonces cayó completamente y, en el acto, dió un salto enorme. Como de medio metro. Y no se movió más.

Me avergoncé de haber mirado tanto. Ya de espaldas, sentí el estruendo del arma del jefe terminando de descargarse sobre el cadáver.

Desde aquel momento --hasta que sentí un brazo intolerablemente fuerte sosteniéndome por encima del codo para que no cayera-- anduve a tumbos, como ciertos beodos. Creo que tuve un acceso de vómito. Sentía mi cabeza como una olla de sangre hirviente.

--¿Siempre es así?.. --inquirí, sin mirar al que me sostenía.

--No, a veces es más aburrido...

Apresuré mi salida de aquel lugar. Como una mancha, sentía en mi antebrazo los efectos de la presión ejercida por la mano del oficial desgarrado, que parecía extranjero.

REQUIEM POR
UN BOY SCOUT

Avelinito Barreto era mínimo de estatura, tonto integral y tenía un tío comunista.

Avelinito --quien, según sus antecedentes ancestrales, pudo ser alto y normal de entendederas-- se planteó desde niño el problema de no crecer ni física ni mentalmente. A los 20 años, su esfuerzo se veía coronado con el mayor de los éxitos: el joven permanecía tonto y enanito.

El tío comunista de Avelinito Barreto --billetero en el pueblo de Yaguajay y manco desde que una caja de seguridad le mordiera el brazo-- opinó sobre el retraso preconcebido del sobrino:

--¡Verdad lo que dice Carlos Marx de que cada hombre se traza su propio destino!

Además de ser comunista, manco y de vender billetes en Yaguajay, el tío de Barretico solía decir "lo que se tercia".

--¿Usted me ve vendiendo billetes?.. --le dijo un día a un maestro ñato, compañero del partido, llamado Raul Ferrer y que era versificador--. Pues mi dinero lo he hecho con lo que se tercia. Yo, por ejemplo, salgo siempre a la calle con 30 o 40 pesos; que a Bodes se le agrava la madre... yo le compro la nevera en 15 pesos; que a Pedraja se le ahoga el hijo y no tiene dinero para enterrarlo...

pues yo le compro el juego de cuarto en 25 pesos; y, así sucesivamente. ¡Usted no se imagina el dinero que yo he ganado con lo que se tercia!

--¡Marxismo puro! --decía, entusiasmado, el vate ñato.

Barretico permanecía con la mente en blanco durante los diálogos del tío y del otro, por temor a que se le pegara algo y dejara de ser tonto.

El joven --que ya iba para 25 años de pequeñez y tontería-- había tenido, por orden cronológico, los siguientes méritos y cargos:

1) "Beso de la Patria", durante tres cursos, en la Escuela Pública No. 1 de la Habana Vieja;

2) Aguador del Regimiento de Boy Scouts de Regla desde los 13 hasta los 17 años;

3) Oficial de Limpieza de los Sea-Scouts de Cojímar;

4) Gran Conserje de la Logia AJEF en el Distrito de Marianao;

5) Vice-secretario suplente del Club de los Optimistas de Guanabacoa; y

6) Miembro Fundador del "Club de Pedrito Rico" en Luyanó.

--Con el dinero que este muchacho se ha gastado en ómnibus recorriendo el Distrito Metropolitano --solía decir el tío comunista-- pudo haberse comprado un "cola de pato".

En el año 56, Barretico fué a las oposiciones para ocupar una plaza de Catador de Mieles en el Ministerio de Agricultura y se la ganó: él fué el único aspirante.

A raíz del nombramiento, Avelinito renunció a su cargo en el "Club de Pedrito Rico" y se entre-

gó a la tarea de catar algunos derivados de la caña: miel, guarapo, azúcar turbinado, melado y cachaza.

El resultado fué inmediato en la humanidad del catador: sus carnes, sus huesos, sus vísceras, sus tejidos --cansados de empujar hacia arriba sin éxito-- practicaron la tesis del "espacio vital" y comenzaron a ensanchar a Avelinito Barreto de tal modo que, al año, se habían metido 200 libras dentro de los cuatro pies y medio de estatura del ex-boy scout. El tío de Barretico, entonces, llegó a la siguiente conclusión:

--Si la dialéctica marxista no engaña, a este muchacho ya resulta más fácil saltarlo que darle la vuelta.

Al triunfo de la Revolución, Avelinito sufrió mucho con el aspecto pintoresco de los barbudos y melenudos en la Capital. "Si yo llego a saber del triunfo de esas barbas, no hay quien me aguante en la ciudad. ¡Mira que no poder lucir ahora esos atractivos!", se decía el joven.

Una noche, agobiado por la expectación que provocaba el tufo heroico, Avelinito decidió no afeitarse para que lo tomaran por un rebelde.

Cuando salió el lunes para la oficina con su barba de tres días, el cobrador del ómnibus --mientras extendía la mano para el cobro-- le dijo:

--¿Qué, lo cogió la gripe? No se vaya a afeitar hasta que pasen los tres primeros días del catarro.

Abochornado, Avelinito descendió del ómnibus antes de tiempo. Continuó a pie el recorrido hasta la oficina. Necesitaba la mirada de una mujer como la propia salvación. Pero, al pasar frente a un ca-

fé, Barretico escuchó hablar a tres muchachones que en ese momento criticaban la fuga del ejército constitucional. Uno dijo en voz alta, señalando a Barreto:

--¡Mira que salirle huyendo a tipos con semejantes nalgas!..

Era demasiado para Avelinito Barreto: regresó a su casa, pidió licencia indefinida en el Ministerio, para reponerse de la derrota moral, y pasó un año sin asomarse ni a la puerta.

El año 60, el Comandante anunció la formación de las milicias. Para entrar en ellas no hacían falta ni historial revolucionario ni otra cualidad. ¡El momento de Avelino Barreto había llegado!

El tío billetero de Yaguajay, manco y comunista, quien había dejado la venta de billetes y el negocio de lo que se terciaba cuando el partido lo llamó para darle el cargo de Interventor de la Razonera de Matanzas, se asombró de ver llegar a su casa a aquella bolita humana uniformada de gris y azul, con boina y con la pañoleta roja del konsomol criollo anudada al cuello: ¡Avelinito convertido en Teniente de Milicias del "Regimiento Pichirulo Ameijeira"!

Sus experiencias como "beso de la patria", boy scout, sea scout, ajefista, optimista, fundador del "club de Pedrito Rico" y catador de mieles, fueron premiadas por la Revolución con el grado de teniente y una metralleta checa.

El tío pasó revista al sobrino de arriba a abajo --que era más fácil que de un lado al otro--, midiéndolo con la severidad de su mirada. Por último, de las entretelas de su militancia, le salió algún escrúpulo:

--¡Pensar que para ver a esta vaca con el uni-

forme de miliciano Carlos Marx escribió las quinientas páginas de "El Capital"!..

Y se quedó pensando cosas tan malas, que a la semana siguiente, en la reunión del partido, tuvo que hacerse auto-crítica.

EN LA VALLA

Anselmo enterró los dedos en el buche de su gallo fino. "Lo tiene como de sebo", pensó. Claro que no podía esperar músculos en un animalito que iba para diez meses sin casar pelea.

Vivita en la memoria del muchacho estaba la última lidia del giro heredado. El difunto mismo lo tusó delante de los ojos de Anselmo. Con manos de amor le calzó las botainas y lo sometió al proceso del tope, hasta que lo convirtió en una fiera.

Entonces vino la subida hasta la valla y el casado de la lidia.

Berto derritió la pega para adherirle los afilados espolones. El mismo pasó las patas del animalito por el hueco de la lona del pesaje. En ningún momento permitió que Anselmo se acercara al gallo. "Esto es cosa mía", había sentenciado.

Anselmo se disgustó. Sabía que también era cosa de él por el celo en el cuido. Pero olvidó pronto la ofensa del hermano mayor. Se regó sobre el corro de aficionados para ver la pelea. Mientras cubrían el trámite preliminar, el muchacho pensó: "Pa' Berto, este girito es como su mujer y más que la vieja y más que yo mismo". Entonces se dispuso a ver.

Pero vió poco. Menos aun vió al indio que en-

frentaron al animal de Berto: al tercer revuelo, se vió claramente el espolonazo de siniestras atribuciones que le enganchara el ojo derecho. El indio comenzó a dar vueltas seguidas, del lado que veía. El giro trató de acertar de una vez y por todas el pescuezo del emplumado trompo, cuando la piedad de su dueño salvó al indio de una muerte segura, aunque se fruncieran los ceños de quienes habían confiado algunas monedas a las navajas del derrotado.

De regreso, Anselmo se asombró de como Berto envolvía amorosamente al animal en sus enormes manos de desmochador. Hecho un amasijo de músculos y bravura dentro de las manotas de Berto, el giro estiraba tímidamente el anaranjado de un ala, como huyendo de la exagerada protección.

Entonces fué cuando el difunto dijo: "Este gallito es mi tó". -O quizá lo dijo después. Al final de una frase que el muchacho recordaba bien:

--Cuando tengas un gallo de pelea y te lo hieran, ya verás como te sientes la puñalá en las entrañas. ¿O es que no viste los ojos del Isleño cuando tiró las manos para salvar al indio? El que me diga que ese hombre no estaba sintiendo el dolor del espolonazo que le acababan de dar a su gallo, segurito que no reparó en la apretazón de su mirada...

Pero Berto sentía cariños mayores que su gallo. Y precisamente por éstos se alzó con una partida de rebeldes hasta que una patrulla de milicianos lo dejó tieso de un metrallazo en la cabeza.

Cuando bajaron sus compañeros, uno de ellos traía dentro de un burujoncito de papel de estraza

--como mascado y con escasos vestigios del cartucho que fué, en los bordes de simétricos cortes-- lo poco recordable que había dejado el muerto.

--Vieja, su hijo era un gallo peleando --eso dijo. Después, empujando aquel montoncito de dolor hacia la anciana, agregó sin entusiasmo: --Berto dijo que usted se quedara con la cadena y que la medalla era para Teresa...

Anselmo volvía de la gallera con un sobrante de maíz. Atinó a escuchar: "Pal chiquito, pa' Anselmo, Berto mandó decir que se quedara con el gallo. Después no dijo mas ná".

El muchacho, al principio, exageró el cuidado del gallo y no pensó, siquiera, en toparlo con otros. "Si me lo matan me quedo sin ningún recuerdo de Berto", pensaba.

Con las semanas, Anselmo dedujo que Berto no le dejó el gallo solamente para que lo engordara. El sabía que a los gallos de lidia hay que pelearlos, o enloquecen. "Si gana, es como si él mismo hubiera ganao". Este fué el pensamiento que lo impulsó a ir a la valla nuevamente.

Anselmo ascendió hasta el borde de la loma --donde se elevaba la gallera-- para que le volviera el entusiasmo. No llevó al heredado, pero se entretuvo aguantando por la traba a una gallina de Don Ambrosio, el de Los Robles. La vió tragarse un grano de maíz y se preocupó de que lo vomitara antes de la pelea. "Mira que trael mái a una valla", pensó. Por último, se jugó un pesito a las espuelas de la gallina, pero no subió a ver la pelea porque calculó que todavía no estaba preparado para resistir el espectáculo, libre de la memoria de

Berto. "Me faltan huevos", se dijo. "Si veo sangre tendré de toítas maneras que pensal en el trallazo que echó a Berto con los pies por delante".

A sus oídos llegó el rebullicio de las apuestas. Después, supo que la gallina había ganado.

Anselmo bajó con su ganancia y con la afición revivida. Ya no tenía pensamientos más que para preparar su gallo y subirlo el domingo siguiente. "Pa' que llene de sangre toa la valla". Su voz descendió alegremente por el camino...

El joven estuvo desde temprano en la valla, a la semana siguiente. En el patio, un pequeño macho se asaba, protegido por una capa de yaguas. Las cervezas --dentro de dos latones vacíos de manteca-- se enfriaban. Los galleros tenían comelata para cuando se acabaran las lidias.

Lástima que se ablandara el ámbito de alegría con la llegada de media docena de combatientes anticomunistas. "Son menos de ocho", pensó Anselmo, que no quería reparar mucho en la cuenta. Uno llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Lo sostenía al cuello con un pañuelo rojo que estiraba su color hasta la camisa ensangrentada.

--Acabamos de chocar con unos milicianos-- dijo el herido--. Son como veinte, sin contar a dos malditas mujeres que andan con ellos.

--Una solita --le interrumpieron--; porque a la otra la dejaste esnucaíta...

El herido pasó su mano derecha por el pañuelo rojo que le sostenía el brazo herido. "Este trapo era de esa pelandruja. Me quiso madrugal con el cagaíto que andaba y cuando me hirieron, creyeron que yo estaba muelto y los dejé que se acelcaran

confiaos. No tuve tiempo na'más que pa' agujerearlos y pa' quitarle el trapo del cuello a la mujer y ponérmelo en el brazo sangrante, porque ya se acercaban los otros"...

Los galleros no hablaron. De hablar, sus palabras hubieran sido para rogar que no los comprometieran y ellos sabían que eso no estaría bien. Por eso se quedaron callados.

--Nos vamos enseguida --justificó uno de los alzados--. Nada más que queremos que nos den algo de comel y de bebel y que, cuando lleguen los milicianos, ustedes digan que no nos han visto. A ver si nos les perdemos...

Varias cervezas se vaciaron en las bocas sedientas de los rebeldes. Anselmo, mientras tanto, habló del hermano muerto al jefe del grupo: "Era más alto y más viejo que yo y siempre andaba hablando de un gallo, de éste", dijo. El otro respondió:

--Nosotros dejamos tos los días 10 o 12 mueltos regaos en las lomas de esta cordillera. Peliamos, matamos, nos matan, dejamos nuestros mueltos y seguimos pa'lante. Su hermano debió ser uno de esos.

Don Ambrosio cortó un muslo del lechoncito que se asaba y lo entregó a los rebeldes. "Vayan con Dios", les dijo. Desde afuera, ya les llegaba el grito aterrador:

--¡Llegan los milicianos y son más de treinta!..

Los cinco galleros corrieron hacia sus gallos para protegerlos. Anselmo, que acariciaba el suyo, lo soltó al aire y él se tiró de cabeza detrás de un mostradorcito que sostenía la pesa y la pizarra con los nombres de los galleros y el peso de los gallos. Acurrucado en su escondite, el muchacho

sintió que la guayabera se le quería romper en la parte izquierda del pecho. Sintió puntitos de agua encima de los labios donde algún día le nacería el bigote. Primero le llegaron los pasos de las botas milicianas. Después, la voz de uno de ellos:

--Como ustedes hayan ayudao a esos gusanos que estamos persiguiendo, aprepárense...

A Anselmo le pareció que se iban alejando de la gallería. "A lo mejor siguen"; pensó: "son tan brutos que no van a reparar en las botellas vacías ni en el pedazo que le falta al machito. Aparte que, si lo descubren, pueden creer que hemos sido nosotros mismos los que tomamos y comimos. Quizá uno de estos hijos de mala madre fué el que mató a Berto". Anselmo dejó de pensar. Un grito seco le llegó desde el patio:

--¡Aquí han parao y estos malditos galleros les han dao de comel y de bebel. ¡Mira la sangre en el suelo, junto a las botellas vacías!..

Anselmo sintió golpes bruscos de botas cada vez más cerca y pudo ver el brazo robusto y exageradamente negro de uno de aquellos hombres, quien daba la espalda al escondite de Anselmo mientras hacía funcionar la metralleta:

--¡Pa' que no vuelvan a ayudar a más nadie, par-tía e pendejos!..

Anselmo creyó que el cráneo se le partía del ruido que producían las ráfagas y, también, de algunos latidos que sentía dentro de la cabeza. El negro que manejaba la metralleta profería obscenidades mientras su brazo armado trabajaba de un lado al otro. Un olor extraño llegaba hasta el escondite del muchacho.

"Si este olor se viera, sería azul oscuro. Sí, es azul oscuro. El olor de las balas como que es

azul, lo siento clarito. Ahorita se va a viral este negro pa'mí...

Pasó un rato antes que Anselmo volviera a pensar. Las ráfagas proseguían. "Este negro está al descubrirme. Ahora el olor es como morao. Parece que la sangre no huele rojo. Qué cosa más curiosa. No huele rojo. C a lo mejor es que se ha juntao con el olor azul de las balas. Porque lo que sí está bien claro es el olor azul. Ojalá que se le acaben las balas a toítos estos asesinos. Azul. Morao. Azul clarito. Quizá pa'mí no haigan balas. Azul. ¡Este maldito negro me tiene pensando mielta!".

Se mezclaron nuevos ruidos secos. Desde el patio se escuchó la voz que antes delatará:

--Está bueno ya, comandante. Esta gente no se merecía el viaje que han hecho esas balas que usted acaba de gastar en ellos...

"¿Qué habrá querío decil ese?", pensó Anselmo. Por dentro de su espalda, le bajaba como un hilo de dolor. "Ya me duele el lomo, pero no me muevo de aquí ni aunque me parta en dos". En el patio, el resto de los milicianos vaciaba las cervezas. Alguno le gritó al moreno:

--Comandante, venga a refrescarse. ¡Buena falta le hace después de lo que ha trabajado ese brazo...

Anselmo escuchó que el moreno y otro que se quedó a su lado cuando la balacera --o acaso eran dos, o quizá tres-- se volvieron para ir adonde los otros. "¡Ahora me ven!", pensó.

Pero los hombres siguieron. "Pudiera sel que Don Ambrosio y el viejo Prude, que son más fuertes, estén vivos. Los otros, por desnutríos, no

deben habel aguanta'o ni media bala. Ya el lechón debe estar doradito. Seguramente que esta gente no dejará nada. Aunque, si salgo con vida de esta, ¿qué ganas voy a tenel de comel na? Mira que si a la vieja le matan el otro hijo"...

Anselmo había pensado la última frase en tercera persona. Así prosiguió pensando sobre la misma idea: "Primero le mataron a Berto y más nunca la he visto reirse. Si ahora le matan al más chiquito, yo creo que la pobre se va atrás de nosotros".

En el patio seguían las risas, los diálogos, el sonido de las botellas, el olor del laguer y del lechoncito recién terminado de asar, que ya trituraban los milicianos. Comenzó a oscurecer donde estaba escondido Anselmo. Un hilito de sangre que, seguramente, procedía del grupo asesinado, corrió hasta la vista del muchacho. "Qué sangre más negra, carai".

Anselmo no tenía deseos de continuar pensando. Creyó que ya no tenía espalda, de tanto dolor. Quiso calcular el tiempo que llevaba escondido y le pareció que permanecía acurrucado desde seis o siete horas atrás.

En el patio ya no había ruido de milicianos. El charquito de sangre frente a sus ojos dejaba de crecer también. "Si me levanto ahora y alguno de esos se ha quedao callaíto por aquí pa' cogelme, me chivé". Esta última idea la pensó más de cien veces.

Al fin, se decidió a elevarse. Lentamente, subió los codos. Después, al mismo ritmo, la espalda, que le pareció que le sonaba. Por último, se dispuso a movilizar la cabeza. "Que sea lo que Dios quiera", pensó. Se levantó de una vez.

En el suelo, frente a él, los cuerpos de los galleros protegían aún con sus crispadas manos los cadáveres de los gallos finos.

La sangre de todos, hombres y aves, que se hiciera un charco inmenso, había bajado, por último, como una soguita, hasta donde la estuviera mirando Anselmo desde su escondite.

!YA TENEMOS CASA!

Respetando el silencio del taller, Mongo Treto manejó habilidosamente la chaveta sobre los restos del tabaco recién hecho. Sin noción del acto --como exige una oficiosa rutina de veinte años-- puso el nuevo petitcetro junto a los otros y abrió una nueva hoja de capa para envolver el siguiente.

A su alrededor, unos frente a otros, sus cuatro operarios --los tranquilos, silenciosos, demacrados tabaqueros de "La Escogida"-- proseguían la muda técnica del oficio.

El radio --la única voz entretenedora de la rutina laboral--, se había aburrido la semana anterior de estar doce años, día tras día, repitiendo para aquellos sonsos el repórter eso, la guantanamera y el periódico la palabra, y se cansó de hablar: en pleno noticiero --cuando pasaban el detestable anuncio del wiski del guerrero de la barba y de la espada-- lanzó un sonido monstruoso, casi una queja; tosió, como queriendo eliminar alguna flema de las amígdalas de su bocina. Después se quedó simple, sencilla, definitivamente mudo.

Desde aquel día, en "La Escogida" no se escuchó más tos que la producida por algún que otro pulmón picado, de aquellas víctimas de su oficio.

“El mismo tabaco que nos permite vivir nos está matando”, dicen que dijo Mongo Treto en una ocasión; pero como la tabaquería es oficio de silenciosos, ni Mongo se preocupó de volver a hablar del asunto ni sus operarios de responderle.

Eran las once y media de la mañana --“está al pasar el gascar de Remedios”, pensó Treto-- cuando Cheo Concepción tiró su chaveta: “Voy a darme un traguito de café”, aquello habló, mientras pasaba el paño por sus dedos ágiles y nicotinados.

Cheo salió al cafecito de la esquina. Las ocho manos restantes se mantuvieron dentro de la sobria destreza del oficio. Junto a esos hombres debía continuar creciendo, ellos lo sabían, la tonga de mazos de tabaco. Era la obligación.

Cheo Concepción regresó --a los pocos minutos-- entre grandes zancadas y gritos, impropios de su oficio. Agitaba en sus manos la noticia que habría de estropear la monotonía del taller:

--¡Ya tenemos casa! ¡Somos propietarios! ¡Se acabaron los alquileres!..

Sus manos, las de un cuarto de siglo de estable habilidad elaborando tagarninas, temblaban, infantiles, sobre el periódico que traían. Era un diario de letras agresivamente rojas, órgano oficial de la revolución.

Pero no era para menos ni sería una emoción aislada: las banquetas de Matías Rodríguez y de Muerto Bermúdez rodaron estruendosamente detrás de las palabras gritadas por Cheo; el filo desmesurado de la chaveta de Tata Barquín rajó en dos --¡primera vez en su vida!.. el tabaco en fabricación y hasta Mongo Treto echó sus manazas por delante para obtener el diario que ya le alcanzaba Concepción.

--¡Lee, Mongo, lee!

Treto, con ojos de penitente inquilino, buscó en la primera plana --con la desesperación del que busca una perdida letra en el teclado de una maquinilla-- la noticia. Empresa nada difícil: con letras enormes, de setenta puntos, el periódico anunciaba a ocho columnas lo que Mongo Treto repitió en voz alta:

--“¡Todo el pueblo es propietario de la casa que habita!”

La alegría que prosiguió a la lectura del cintillo fué unánime y gritada y con otras características que deberán ser imaginadas, porque escapan a la fuerza narrativa del autor. Cheo suplicó, sin perder su euforia:

--¡Lee más abajo, Mongo! ¡La información, la información!..

Mongo leyó:

--“En la madrugada de hoy, el Primer Ministro del Gobierno anunció que todas las casas del país pasarán a los inquilinos que las habitan”.. ¡Coño, nos salvamos!.. --dijo, de su cosecha.

--Sigue, sigue... --repetieron los otros, eufóricos. Treto prosiguió:

--“A partir de este mes, dijo el Primer Ministro, no habrá que pagar más alquiler a los propietarios reaccionarios e imperialistas...”

Muerto Bermúdez y Matías Rodríguez se abrazaron, envueltos en su propia gritería. Cheo --que se había declarado responsable de que se llegara al final de tan formidable noticia-- los apartó con un ruego:

--¡Pero dejen seguir la lectura a Mongo!..

--“...Porque, en lo adelante, cada cubano es propietario de la casa que habita”... Pasa a la página quince...

--¡Mierda de periódicos!.. --vociferó Tata Barquín. Mongo Treto arrojó al suelo la primera sección del diario. Localizó el pase y se dispuso a continuar la lectura:

--“Por lo tanto, ningún cubano volverá a recibir la odiosa visita del casero. Así lo ha querido el Primer Ministro de la Revolución...”

--¡Patria o muerte!.. --gritó Cheo Concepción. “¡Patria o muerte!”, respondieron los otros. Mongo siguió:

--“En lo adelante, será el propio cobrador de la electricidad el que pasará a cobrar el recibo por la cantidad que antes se pagaba de alquiler y que los nuevos propietarios de las casas abonarán para los fondos del INRA hasta que el Estado estime que ya han pagado sus casas...”

--“¡Se acabaron los caseros reaccionarios!.. --Gritó Muerto Bermúdez. Matías observó:

--Si ya somos dueños de las casas que vivimos, ¿qué menos podemos hacer que pagar durante un tiempo al INRA para la Reforma Agraria?..

--¡Claro, claro!.. --puntualizó el propio Treto. Cheo y Tata Barquín coincidieron:

--¡Viva la Revolución!.. --Cheo regresó a su insistencia: --“Pero termina, Mongo; estoy loco por ir a casa a decírselo a Iluminada”. Mongo, al fin, terminó:

--“Como, desde el triunfo revolucionario, casi nadie ha pagado su alquiler, el Primer Ministro señaló que, automáticamente, todos están al día” --¡viva, carajo!-- “y que deberán olvidarse de lo

que adeudaban a los propietarios reaccionarios y sometidos al imperialismo. Pero aclaró tajantemente que el nuevo propietario que no contribuya mensualmente con el importe de su antiguo alquiler a la Reforma Agraria, será encarcelado. “La Revolución Socialista es generosa con su pueblo, pero hay que respetarla”, fueron las palabras finales del Primer Ministro”.

--¡Lógico!.. --observó Cheo.

Mientras los tabaqueros se apresuraban a tomar la puerta para transmitir la formidable nueva a sus mujeres e hijos, Matías Rodríguez dijo:

--¡Bien esa frase final del Comandante! Porque a los cubanos nos regalan las casas y somos capaces de hacernos los tontos y no querer contribuir...

Las últimas palabras de Matías Rodríguez apenas fueron escuchadas por los otros compañeros, que ya tomaban sus respectivos caminos, plenos de alegría.

En la esquina, el Comité del Partido descorchaba un ron peleón para celebrar la noticia. En el fondo de una casa de vecindad próxima se calentaban los cueros y la tumbadora, mientras surgían voces entonadoras de una conga a la “revolución del pueblo”. El cielo se ahumaba tras el estallido de los primeros voladores...